

## NO LO VIMOS

Murió en completa soledad y abandono. Había pasado los últimos días muy cerca de nosotros, en Malbúger, a escasos metros de la transitada vía mahonesa de Ronda, pero nadie se dio cuenta de que allí había alguien que pasaba necesidad. Acurrucado sobre sus propias ropas, dormía en una pequeña tienda de campaña, donde le sorprendió la muerte. Sin casa, sin fortuna, sin nadie que le conociera ni tampoco que le amara. Sin rostro y sin nombre (al parecer se llamaba Michael, pero es imposible verificarlo). Nadie lo vio ni lo echó de menos. Sólo nueve meses después encontraron por casualidad su cadáver, ya irreconocible.

No puedo pensar en este hecho sin sentir un gran dolor en mi corazón. Dolor, sí, por esta persona que vivía entre nosotros y que se ha marchado en el más completo y terrible anonimato. Pero dolor, sobre todo, por nosotros, por esta sociedad que no supo ver que había un ser humano que reclamaba su ayuda. El Papa Francisco advierte con frecuencia del peligro de ser ciegos ante las personas que sufren. La cultura del bienestar de la que gozamos nos conduce a pensar sólo en nosotros mismos y nos vuelve insensibles al dolor de los demás. Por eso en Lampedusa, en las periferias de la Europa bien acomodada, gritó con fuerza contra la “globalización de la indiferencia” y la denunció: “¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!” (8/07/13). Como estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás, no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos o las injusticias que padecen. Nuestro corazón se acostumbra a la indiferencia.

En los Evangelios encontramos una parábola de Jesús muy sugerente. Habla de un hombre rico que hacía exhibición de su fortuna, vistiendo con lujo y organizando fiestas y banquetes, mientras que a su puerta estaba un pobre llamado Lázaro, que estaba hambriento, llagado y postrado en su humillación (cf. Lc 16, 19-30). Aquel hombre rico sólo pensaba en sí mismo y, por ello, ni siquiera vio al pobre que clamaba a su misma puerta. ¿No nos ha sucedido a nosotros algo parecido? Nadie vio a aquel extranjero que estaba entre nosotros. No hubo nadie que escuchara su clamor.

No es mi intención crear sentimientos de culpa pero sí que me gustaría invitar a que trabajáramos todos juntos por construir una sociedad menos egoísta, más solidaria, en la que los más pobres no sean ocultados ni pasen desapercibidos. Animo por ello tanto a las personas como a las asociaciones y organismos de carácter social a que estemos alerta para que en nuestra isla nunca más haya un ser humano que viva y muera en la indigencia y el desamparo.

De modo particular invito a los cristianos a colaborar en esta tarea en la que debemos empeñarnos junto con toda la sociedad menorquina, si no queremos convertirnos en una sociedad inhumana, que vive anestesiada ante el sufrimiento del otro.

Descansa en paz, Michael Hoffmann (o como quiera te llames). Confío en que el buen Dios te haya hecho sentir todo el amor que no recibiste en vida. Y pido a ese mismo Dios que se apiade de nosotros por haber olvidado que a nuestro lado había un ser humano que necesitaba nuestra ayuda.

+ Francesc Conesa Ferrer

Bisbe de Menorca